

ciencia ficción y fantasía

# nueva dimensión



gustav

nueva  
dimensión 14

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por  
Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

**REVISTA BIMESTRAL DE CIENCIA FICCIÓN Y  
FANTASÍA**

**A cargo de:**

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

**AÑO 1970/2**

*Director:*

J. M. Armengou

*Delegado en Madrid:*

Carlo Frabetti

*Colaboradores:*

Joaquín Alberich

Dr. Alfonso Álvarez Villar

Luis-Eduardo Aute

Carlos Buiza

Alfonso Figueras

José Luis Garci

Luis Gasca

Teresa Inglés

Antonio Martín

José Luis M. Montalbán

Berit Sandberg

*Director de publicidad:*

Andreu Romá Parra

*Director artístico:*

Enrique Torres

*Ilustradores:*

José M.<sup>º</sup> Beá

Carlos Giménez

Esteban Maroto

Enric Sió

Adolfo Usero Abellán

*Corresponsales:*

Austria: Kurt Luif  
Estados Unidos: Forrest J Ackerman  
Francia: Agustín Riera  
Gran Bretaña: Jean G. Muggoch  
México: Luis Vázquez  
Rumanía: Ion Hobana  
Uruguay: Marcial Souto

**Marzo-Abril 1970. Número 14**

**Miembro de The National Fantasy Fan Federation**

**Miembro del Círculo de Lectores de Anticipación**

# nueva dimensión **HOY**

## EDITORIAL

Quando la realidad parece futurible

## SE PIENSA

La Isla del Doctor Moreau

por Jorge Fuentes Duchemin

¿Qué quieren decir con eso del «Sentido de lo Maravillo-  
so»?

por William W. Danner

Rufianes que se aprovechan de los nacidos en las estrellas

por Charles Burbee

## SE DICE

Libros, revistas, comic, cine, teatro, arte, fandom, varios

## SE ESCRIBE

Las opiniones de nuestros lectores

# **nueva dimensión** **MAÑANA**

## **CUENTOS**

**El hechicero**

por Philip E. High

**El grupo**

por Roger Zelazny

## **CUENTOS CORTOS**

**El sexto palacio**

por Robert Silverberg

**Cuando sólo resta la muerte**

por Luis Vigil

**La grieta**

por Manou Dornbierer de Ugarte

**Ningún hermano mío**

por Robert Presslie

**Cómo terminó**

por David R. Bunch

## **ARTE FANTÁSTICO**

**Portofolio: Kultur Cartoons**

por Will Dyson

## **CLÁSICO**

**La desaparición de Honoré Subrac**

por Guillaume Apollinaire

## **POESÍA**

### **Camino de la Luna**

por Pilar Giralt

### **En la Luna**

por Pilar Giralt

## **COMIC**

### **Formicología**

por Johnny Hart

## **ILUSTRACIONES DE**

Luis-Eduardo Aute

José M.<sup>a</sup> Beá

Alfonso Figueras

Sebastián Martínez

Plá Narbona

O. Rodés

Enrique Torres

## **PORTADA DE**

Enrique Torres

## **HUMOR**

Vik Ericson en *Ghoul Days*

Joseph Farris en *Ufo-ho-ho!*

Quino en *Panorama Semanal*

Graham Wilson en *Space Jokes*

Bernard Wiseman en *Cartoon Countdown*



### EDITORIAL

## CUANDO LA REALIDAD PARECE FUTURIBLE

*El problema, esta vez, se planteó porque los alumnos querían estudiar más, y las autoridades académicas se negaban a darles los medios para ello. «Hay que mantener el statu quo —afirmaban— no*

*podemos aceptar ahora el que lo que se ha hecho en las últimas décadas haya estado mal».*

*Por desgracia, éste no es el inicio de uno de esos futuribles tan en boga hoy en día, en el que se pretenda llevar una situación tipo hasta su límite para demostrar los errores que hay en ella. No, el planteamiento corresponde a una situación real.*

*Los conocí hace unas semanas, por un motivo muy ligado a esta publicación: ellos habían oído hablar de una obra de teatro de SF y tenían interés en conocerla, y se dirigieron a mí como parte integrante de la única revista dedicada al tema. Pude ayudarles porque la obra me era conocida: no era otra que «Sodomáquina», de mi buen amigo Carlo Frabetti.*

*Luego, cuando la hubieron leído y apreciaron su valor, decidieron montarla y; a consecuencia de ello, me relacioné bastante con su grupo y comencé a conocerlos, a ellos y a sus problemas.*

*Estoy hablando de los alumnos del Instituto de Arte Dramático de Barcelona, centro local dedicado a la enseñanza escénica.*

*Por amistad —y por interés, pues no en balde uno pertenece todavía a la «clase estudiantil» y se siente motivado como tal por sus problemas— fui siguiendo de cerca su progresivo proceso de enfrentamiento con una administración anclada en los anacronismos, proceso que iba a culminar en el planteamiento de una situación de fuerza: los alumnos se negaban a proseguir unos cursos que consideraban inútiles, y la autoridad académica decidió cerrar el local.*

*Y este resultante del enfrentamiento me ha hecho pensar bastante, por todo lo que tiene de significativo en cuanto se reitera, una y otra vez, en la problemática estudiantil de nuestros días.*

*¿Qué es lo que quieren los estudiantes en este caso en particular, y en la mayoría de los enfrentamientos en general que se han producido constantemente en estos últimos tiempos?: estudiar más, y mejor. Piden mejores instalaciones, profesorado que se ocupe más de ellos y que sea competente, unos planes de estudios al día, que los preparen realmente para enfrentarse con las necesidades de su profesión en el mundo de hoy y no que les sigan imbuendo de unas ideas clásicas ya superadas.*

*¿Y cuál es la respuesta de nuestra sociedad y sus organismos de enseñanza ante estas peticiones?: la coerción. Una coerción que puede presentarse bajo muchas formas, una coerción que puede ser moral o física.*

*Se trata, ante todo, de salvar el statu quo, de no derribar de sus pedestales a tantas y tantas vacas sagradas. Y esto, en la parte de la sociedad que, por estar dedicada a la enseñanza y estar por tanto —literalmente— preparando el futuro, es algo inadmisiblemente. La enseñanza tendría que ser precisamente una de las partes más dinámicas de nuestra sociedad, el sector que siguiese más de cerca a la investigación —tomando este término en su sentido más amplio— a medida que ésta va haciendo progresar a la Humanidad.*

*Se objetará a todo esto el que en numerosas ocasiones las protestas puramente académicas de los estudiantes de todo el mundo han acabado convirtiéndose en reivindicaciones políticas, que nada tenían que ver con los problemas de esos estudiantes. Eso puede ser cierto. Pero también tendría que verse en cuantas ocasiones esta «politización» no ha venido impulsada por el endurecimiento de las situaciones.*

*La mayoría de las veces, ha sido la negativa al diálogo lo que ha empujado a los alumnos —que protestaban por motivos puramente académicos— a caer en manos de los elementos politizantes. Bien cierto es el dicho de «a río revuelto...», y siempre hay quien está al acecho de los ríos para ir a la pesca de sus propios intereses. ¿Pero se habría revuelto el río si se hubieran llevado las aguas por el cauce del diálogo?*

*Y que conste que no dejo de comprender —aunque no la comparta— la posición de muchas de esas «vacas sagradas» que se aferran con uñas y dientes a unos puestos para los que ya no están capacitadas: es triste, tras muchos años de dedicación a la enseñanza, el encontrarse superado por las nuevas técnicas que han ido apareciendo en el propio campo. Pero es ley de vida.*

*En Francia, en un sector tan importante —y en tan constante revisión— como es la ingeniería atómica, así lo ha comprendido; y los títulos académicos emitidos por el centro de investigación y enseñanza de Saclay son válidos únicamente para cinco años, teniendo que ser renovados, por demostración de estar al día en la materia, al cabo de este período.*

*Sí, es penoso para un profesorado el verse superado. Pero es lógica la negativa de los alumnos a ser ellos los que acaben cargando con las consecuencias al serles negada la posibilidad de formarse.*

*Durante siglos, en el Mundo Antiguo, la enseñanza se fundamentó en la trasmisión, de una generación a otra, de unos conocimientos tenidos por inmutables. Y las ciencias no progresaban.*

*Ahora las ciencias están en una constante superación, y los conocimientos deben de ser revisados día a día. Por ello no es posible aceptar unas instituciones de enseñanza anquilosadas, ancladas en el tiem-*

*po, o que respeten a las «viejas glorias». Esto frenaría la evolución.*

*Unos estudiantes piden que se les permita estudiar. Tal vez, al leer el lector estas líneas, al grupo de muchachos del Instituto del Teatro ya se les haya solucionado el problema —o tal vez no—, nuestra periodicidad nos impide seguir los acontecimientos de cerca; pero el problema no sólo es de ellos, es universal, de todos los estudiantes que claman en todos los países por su solución. Y la sociedad no sólo debe oírlos, sino que es vital para ella que lo haga... pues exclusivamente de esos muchachos de hoy depende su futuro.*

## EL SEXTO PALACIO

ROBERT SILVERBERG

Robert Silverberg es un escritor nacido en Nueva York que, a la edad de treinta y cuatro años, tiene ya tras de sí una brillante y dilatada vida de trabajo. Iniciado en la literatura en 1953, al vender, por encargo de Harry Harrison, su primer artículo profesional, en 1956 su valía era ya ampliamente reconocida, concediéndosele un premio Hugo al «nuevo escritor más prometedor del año». Desde entonces ha escrito más de treinta novelas de SF y quinientos relatos cortos... aunque últimamente parezca que se haya apartado un tanto de este género para dedicarse con mayor asiduidad a otros campos literarios.

ilustrado por ENRIQUE TORRES

*Ben Azai fue considerado digno y se halló ante el portal del sexto palacio y vio el esplendor etéreo de los muros de límpido mármol. Abrió su boca y dijo por dos veces: «¡Agua!, ¡Agua!». En un abrir y cerrar de ojos lo decapitaron y lo sepultaron bajo once mil barras de hierro. Esto servirá de advertencia, para todas las generaciones, de que nadie debe errar en el portal del sexto palacio.*

HEKHALOTH MENOR

Allí estaba el tesoro, y allí estaba el guardián del tesoro. Y allí estaban los blanqueantes huesos de aquellos que habían tratado en vano de apropiarse del tesoro. Aún los mis-

mos huesos habían adquirido una cierta belleza, desparra-  
mados allí junto al portal de la bóveda del tesoro, bajo la  
brillante arcada de los cielos. El tesoro daba por sí mismo  
belleza a todo lo que se hallaba junto a él... hasta a los es-  
parcidos huesos, hasta al adusto guardián.

El tesoro se hallaba en un pequeño mundo que perte-  
necía al rojo sol Valzar. Realmente, casi no llegaba a las di-  
mensiones de una luna, ni poseía una atmósfera que mere-  
ciese tal nombre. Un pequeño mundo, muerto y silencioso,  
que giraba en la oscuridad a mil millones de kilómetros de  
su agonizante estrella. Un viajero se había detenido allí en  
cierta ocasión. ¿De dónde venía, a dónde se dirigía? Nadie  
lo sabía. Había erigido allí una bóveda, y allí continuaba in-  
mutable y eterna: un tesoro increíble, presidido por el hom-  
bre metálico sin rostro, que aguardaba con paciencia de  
máquina el regreso de su amo.

Habían algunos que deseaban el tesoro. Llegaron, y  
fueron enfrentados por el guardián, y murieron.

En otro mundo del sistema de Valzar, unos hombres que  
no habían sido descorazonados por el destino de sus pre-  
decesores, soñaban con las riquezas, y planeaban cómo  
apoderarse de ellas. Lipescu era uno de ellos: un hombre  
como una torre, de barba dorada, puños como martillos,  
una garganta de bronce, y una espalda tan ancha como el  
tronco de un árbol de mil años. Bolzano era el otro: de for-  
ma puntiaguda, ojo avizor, dedos rápidos, miembros delga-  
dos, cortante. No tenían deseos de morir.

La voz de Lipescu semejaba el estruendo de galaxias en  
colisión. Rodeó con sus brazos una gran jarra de cerveza  
negra y dijo:

—Voy mañana, Bolzano.

—¿Está preparado el computador?

—Está programado con todo lo que pueda preguntarme la bestia —retumbó el hombretón—. No habrá ningún error.

—¿Y si lo hay? —preguntó Bolzano, atisbando curiosamente a los pálidos ojos azules, de rara suavidad, del gigante—. ¿Y si el robot te mata?

—Ya me las he visto con robots en otras ocasiones.

Bolzano rió.

—Esa llanura está cubierta de huesos, amigo. Los tuyos se unirán a los demás. Unos grandes y voluminosos huesos, Lipescu. Ya los estoy viendo.

—Amigo, eres un optimista.

—Soy realista.

Lipescu agitó pesadamente su cabeza.

—Si fueras realista, no te habrías asociado conmigo para esto —dijo lentamente—. Tan sólo un soñador haría una cosa así.

Una carnosa manaza planeó en el aire, cayó y aferró el antebrazo de Bolzano. El hombrecillo hizo una mueca al serle estrujados sus huesos.

—¿No te echarás atrás? —dijo Lipescu—. Si muero, ¿lo intentarás tú?

—Claro que lo haré, so idiota.

—¿Lo harás? Eres un cobarde, como todos los hombrecillos. Me verás morir, y entonces echarás a correr tan rápido como puedas con la cola entre las piernas, hacia otra parte del universo. ¿No es así?

—Pienso aprovecharme de tus errores —dijo Bolzano, claramente—. Suéltame el brazo.

Lipescu soltó su presa. El hombrecillo se derrumbó en su asiento, frotándose el brazo. Tragó cerveza. Sonrió a su socio y alzó la jarra.

—Por el éxito —dijo Bolzano.

—Sí. Por el tesoro.

—Y por una larga vida.

—Para ambos —retumbó el gigante.

—Quizá —dijo Bolzano—. Quizá.